





TESOROS  
DE  
G. A. LAPIDE



I

BS497  
L3  
v. 1  
1882



006412





EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080014698



E  
HEM

TESOROS  
DE  
CORNELIO Á LÁPIDE.

---

A-DIS.

733  
MAY 21  
57

B-75-4

TESOROS  
DE  
CORNELIO Á LÁPIDE,

EXTRACTO  
DE LOS COMENTARIOS DE ESTE CÉLEBRE AUTOR SOBRE

**LA SAGRADA ESCRITURA,**

Por el Abate Barbier,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR

D. Carlos Soler y Arqués,

Catedrático de Francés, Individuo de la Real  
Academia de la Historia, miembro de varias  
Corporaciones científicas y literarias, etc.

SEGUNDA EDICION.

TOMO PRIMERO.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID.

Librería de D. Miguel Olamendi, calle  
de la Paz, 6.

BARCELONA.

Lib. de los Hereteros de la ciudad Pia  
y de la Viuda e hijos de Sobirán.

1882.

45057



BS 497

L3

V. 12

1882

Es propiedad exclusiva del editor,

*Juan Soler.*



Comisión de Estudios  
Historiográficos de España



VICH.

FONDO EDITORIAL de imprenta y librería de Juan Soler.  
VALVERDE Y TELLEZ

## APROBACIONES.

Su Santidad Pío IX se dignó dirigir al autor la siguiente carta:

ILLME. AC RNDÉ. DOMINE COLENDISSIME.

Pergratum accidit Maximo Pontifici PIO IX opus tuum ex COMMENTARIIS CORNELII A LAPIDE in Sanctas Scripturas excerptum, quod testimonio etiam laudis commendatur Episcopi Cenomanensis. Nec porro dubitat Sanctitas Sua opus ipsum à te in lucem editum ad Divinarum Scripturarum interpretationem, cujus lectione graviorebus curis distenta cogitur abstinere, ita esse exaratum, ut nil praese ferat quod Ecclesiae auctoritatem ac sensum offendant, quem ipsa tenet in interpretandis Sacris Scripturis. Hac igitur fiducia, Summus idem Pontifex mihi demandavit ut litteris tuis, Illme. ac Rndé. Domine, rescriberem, deque eodem opere tibi gratularer, ac pro oblato ejus munere gratiarum actiones referrem. Accedit Paternae caritatis pignus Apostolica Benedictio, quam caelestium munerum auspice tibi benignissimus idem Pontifex ex animo impertitur.

Superest ut opportuna hac occasione sensus tibi, Illme. ac Rndé. Domine, profitear obsequii mei, ac fausta et salutaria omnia enixe precer à Domino.

Tui, Illme. ac Rndé. Domine,

humillimus et addictissimus servus,

DOMINICUS FIORAMONTI.

SS. DD. P. ab epistolis latinis.

Datum Romæ, die 13 Novembris 1863.

008412



Vista la información de uno de nuestros Vicarios generales, no podemos ménos de aprobar la obra titulada **Tesoros de Cornelio á Lápide**, y de recomendarla eficazmente, no sólo al Clero, sino también á todos los fieles de nuestra diócesis.

Dado en Mans, el 24 de Enero de 1863.

† SANTIAGO, Obispo de Mans.

#### SEÑOR CURA:

Toda obra sería procedente de uno de los miembros del Clero de nuestra diócesis mereo nuestra aprobacion; pero las que tienen por objeto, como la de que sois autor, propagar más y más el conocimiento de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, é infundir el gusto por el estudio de las Divinas Letras, tienen sobre Nos derechos muy particulares.

Con tantos títulos, no podemos ménos de aplaudir altamente la publicacion de vuestro trabajo sobre **Cornelio á Lápide**, anhelando que el éxito más completo corone tan laudable empresa.

Recibid, Sr. Cura, la seguridad de mis afectísimos sentimientos en Nuestro Señor Jesucristo.

† MARIE-Ach., Obispo de Grenoble.

Grenoble, 16 de Agosto de 1863.

#### CENSURA ECLESIASTICA.

Por comision del Ilmo. y Rmo. Sr. D. D. Juan José Castañer y Ribas, Obispo de esta diócesis, he examinado detenidamente hasta la página 370 el tomo 1.º de la obra titulada **Tesoros de Cornelio á Lápide**, extracto de los Comentarios de este célebre autor sobre la Sagrada Escritura, escrita en francés por el Abate BARBIER, y traducida al español por D. Carlos Soler y Arqués; y nada he hallado hasta la citada página, donde tuve por falta de salud que suspender mi cometido, que sea contrario á la fe y buenas costumbres. Antes bien, por ser la mentada obra un abundante repertorio de autoridades de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres en todo género de materias predicables, la juzgo de muchísima utilidad á todo orador sagrado para instruir á los fieles, ya sea en órden á los misterios de la fe, ya á la recepcion de los Sacramentos, ya á la práctica de la virtud.

Este es mi parecer, *salvo meliori*.

Vich, 16 de Diciembre de 1865.

José Puigdollers, Pbro., canónigo Lectoral.

En cumplimiento de lo dispuesto por el M. I. Sr. Vicario General capitular, he continuado la revision de la presente obra desde la página arriba indicada hasta el fin del primer tomo, y tengo la satisfaccion de poder corroborar con mi humilde voto el ventajoso juicio que de ella hace el Ilre. Sr. canónigo Puigdollers. Á mi parecer, se puede con bastante propiedad comparar á una rica mina que, además de contener abundantísimos tesoros de la más sana doctrina, tiene la inestimable ventaja de poder ser fácilmente explotada, á causa de estar dispuesta en forma de diccionario; por todo lo cual juzgo, que no sólo es digna de ver la luz pública, sino también de ocupar un lugar distinguido en la libreria de todos los señores eclesiásticos y demás personas que deseen instruirse á fondo en la ciencia de los Santos.

Vich y Mayo de 1866.

Bernardo Sala, Pbro.



La obra que se publica en la capital de nuestra diócesis con el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, que es un extracto de los Comentarios de este autor sobre la Sagrada Escritura, es digna de los mayores elogios. Nos, convencido de la necesidad cada día mayor de la predicación, y penetrado de la inmensa utilidad que, para hacerla con fruto, se puede sacar de la mencionada obra, no vacilamos en recomendarla á nuestro amado Clero, y con especialidad á los Rdos. Cura-párrocos, Eónomos y Regentes de nuestra diócesis. Sabido es de todos, y no hay necesidad de recordarlo, que las fuentes intrínsecas de la elocuencia sagrada son la Escritura y la tradición. Necesario se hace pues que, ante todo, el predicador estudie y haga, por decirlo así, suyas las Santas Escrituras, procurando con una asidua meditación de las mismas penetrar su elevado sentido y aplicarlas de un modo oportuno; y no siendo libre de interpretarlas á su manera, ántes bien debiendo atenerse al sentido que les atribuye la Iglesia, es evidente la necesidad de estudiar y meditar los más acreditados expositores de la palabra de Dios escrita. De otra suerte se expondría el orador sagrado á citar equivocadamente ó violentar el sentido de las Sagradas Letras, haciendo inútil, cuando no dañosa, la palabra de Dios.

Por estas razones recomendamos á nuestro amado Clero la lectura del CORNELIO, que es, entre todos los expositores, el que más justa fama ha adquirido para el objeto indicado; y siendo la referida obra **Tesoros de Cornelio á Lápide**, un extracto de lo más selecto del CORNELIO, y un abundante repertorio de materias distribuidas por orden alfabético, su estudio puede emprenderse con más ventajas y con más facilidad. Haciéndolo de esta manera é impregnándonos del genuino sentido de la palabra de Dios, lograremos que sea provechoso á los fieles el sagrado ministerio de la predicación, y muy del agrado del Señor, que ha querido, según frase del Apóstol, que la Sagrada Escritura sea *utilis ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum, ad justitiam*. (IV. ad Timoth. cap. 3.)

Vich, 22 de Setiembre de 1866.

† ANTONIO LUÍS, Obispo de Vich.



*Sres. J. Soler-hermanos, Vich.*

Muy apreciados Sres.: Es indudable que los Comentarios de Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura son sumamente apreciables y llenos de cristiana sabiduría y de selecta y abundante erudición eclesiástica, cuyo estudio enriquece el entendimiento y el corazón de los que á él se dedican. Los eclesiásticos, á quienes por obligación de su oficio y para cumplir su ministerio es absolutamente indispensable aprender ante todo la Sagrada Escritura y penetrarse bien de su recta interpretación en conformidad al Magisterio y tradición de la Iglesia, debieran mirarlos con singular aprecio y consagrarse asiduamente á su lectura. Pero no estando al alcance de todos por el número y extensión de sus volúmenes, no puede negarse que hace un gran servicio al Clero el que le ofrece en menor volumen aquella obra, especialmente en lo que se refiere á la práctica de la piedad, á la predicación y á la dirección de las almas.

Esto ha hecho el abate Barbier en Francia con la ordenada compilación á que ha dado el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, y que mereció la aprobación de su Prelado. Publicando Vds. en español su laborioso trabajo, tienen el mérito de procurar que la utilidad y el fruto se difunda en todas las diócesis de España. Agradezco por lo mismo el primer tomo que, hace pocos días, se sirvieron Vds. enviarme, y al tiempo de darles las debidas gracias, tengo la satisfacción de añadir que, habiéndolo ojeado, he podido persuadirme del acierto, exactitud y claridad con que se tratan en él importantísimos asuntos. Vivamente deseo que pronta y felizmente puedan Vds. acabar su importante empresa, y que las recomendaciones con que la han favorecido ya algunos Prelados, sirvan á muchos eclesiásticos de estímulo para aprovecharse de la facilidad que se les proporciona para dedicarse con su auxilio al estudio de los Libros Santos, que son la fuente de la verdadera sabiduría.

Con mucho aprecio soy de Vds. atento y afmo. servidor.

Madrid, 29 de Octubre de 1866.

† LORENZO, Arzobispo de Tiana.

Los comentarios del célebre Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura han gozado en todos tiempos de una gran celebridad, ya sea por su maravillosa erudición, ya sea por el inmenso caudal de doctrina que en ellos se admira. Nuestro ardiente deseo ha sido siempre verlos estudiados por los eclesiásticos de nuestra archi-

diócesis, y con especialidad por los predicadores de la divina palabra, convencido de que en ellos se hallan armas de todo género para defender el sagrado depósito de las verdades religiosas, y para explicarlas al pueblo cristiano con aquel acierto, dignidad y ciencia que se necesitan en un ministro del Santuario. Desgraciadamente la obra mencionada, por su difícil adquisición, parece destinada á formar parte de un muy reducido número de bibliotecas. Hemos visto pues con la mayor satisfacción el primer tomo de un extracto de la obra del ilustre comentador, que se publica en la ciudad de Vich con el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, título que este compendio tiene justamente merecido por haber el autor, mediante un largo estudio y una detenida meditación, reunido en él y distribuido por orden alfabético, cuanto de más sustancial se admira en el famoso Cornelio. Recomendamos por lo mismo á nuestro amado Clero la lectura y el estudio de una obra que les será sin duda de muchísima utilidad en la difícil y delicada tarea del sagrado ministerio.

Tarragona, 27 de Octubre de 1866.

† FRANCISCO, Arzobispo de Tarragona.

Hemos visto el primer tomo de la obra que sale á luz con el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**. Si la obra de este insigne expositor nos ha sido siempre muy preciosa y agradable, hallamos aún la presente más ventajosa para la mayor parte de los Sacerdotes, por cuanto encierra el espíritu, la erudición y la claridad de aquella, y reúne además la ventaja de tener dispuestas sus materias en un orden á propósito para ser tratadas y expuestas á los fieles con precisión, claridad y abundancia. No dudamos que por medio de esta obra podrán los predicadores de la divina palabra dar á sus discursos el realce, erudición é importancia que de otra manera sólo podrían adquirir con un largo y detenido estudio de los Santos Padres y comentarios de la Sagrada Escritura; por cuyo motivo la juzgamos de muchísima utilidad á los Sacerdotes y á cuantos deseen instruirse fundamentalmente en las verdades de nuestra sacrosanta Religión.

Lérida, 26 de Setiembre de 1864.

† MARIANO, Obispo de Lérida.



Sabida y conocida es en el campo de las ciencias, la importancia de los Comentarios de Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura: esta elevada figura que nuestro buen Dios suscitó á últimos del siglo XVI, nutrida en la grande escuela de los hijos de Loyola, emprendió su obra colosal en defensa de los más sagrados intereses del Catolicismo, amenazados en su verdadero origen por el falaz y atrevido protestantismo, que, con el más funesto empeño, bastardeaba y desnaturalizaba el texto de la Sagrada Escritura. Al rededor de tan precioso depósito, y en su verdadero sentido, reunió lo más selecto de los más célebres expositores, escuchando sus sábias y piadosas reflexiones con las sentencias de los Santos Padres, llenando con este tan admirable como profundo trabajo diez enormes volúmenes en folio.

La mezquina dotacion de nuestro amado Clero parroquial no permite la adquisicion de tan estimable tesoro, viéndose á la vez privado de tanta luz y de tan poderoso auxiliar para alimentar con el pan de la divina palabra las almas de los feligreses confiadas á su ministerio pastoral. Para consuelo y mayor ilustracion de nuestro Clero, acabamos de leer con placer el primer tomo de una obra titulada **Tesoros de Cornelio á Lápide**, verdadero y genuino extracto de los grandes y primordiales pensamientos que campean en aquel inmenso y científico promontorio de tan insigne expositor: vemos reunidas con breves pinceladas y en orden alfabético en los citados **Tesoros** toda la luz, todos los encantos que á torrentes brotan de la inmortal procedencia del célebre jesuita Cornelio, abriendo con este método ancho camino al celoso y estudioso Clero parroquial para que con poco costo y estudio pueda enriquecerse con el apreciable caudal de tanta doctrina, ora sea de la Sagrada Escritura, ora de los sabios exegetas católicos, distribuido con tanto orden como maestría en los **Tesoros de Cornelio á Lápide**, que no vacilamos en clasificarlo de muy útil y conveniente, y recomendarlo al estudio y piadoso celo de todo nuestro Clero. — Dado en nuestro palacio episcopal de Gerona á 24 de Octubre de 1866.

† EL OBISPO de Gerona.

SS. SOLER-HERMANOS, VICH.

De vuelta de Santa Visita enencentro y he hojeado el primer tomo del extracto que, bajo el nombre de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, acaban Vds. de publicar en habla castellana.

Empiezo por manifestarles que aplaudo la idea muy de buena gana, convencido de que, cuando son tantos los ponzoñosos bebederos que prepara la malignidad, conviene hacer fáciles sangrías á los puros manantiales de la sana doctrina; porque ni todos pueden acercarse á beber en las mismas fuentes, ni por la premura del tiempo es dado á las veces recorrer y meditar los vastos comentarios de la Sagrada Escritura.

El autor con su extracto, el traductor y editores han hecho un bien intentando que las aguas cristalinas de aquel raudal anden á flor de tierra en agradables corrientes para que toda clase de personas las tomen sin grave molestia, unas deteniéndose y consultando, las otras aunque sea al paso; que aun así nada perderán.

Cornelio á Lápide reunió y dió forma conveniente á los ricos materiales que la tradicion y el estudio venian depositando en la escuela católica. Á sus *Comentarios* se acude siempre con provecho y edificacion: por lo cual, dado el extracto en castellano y bajo el arte de diccionario, entiendo que ha de ser utilísimo el trabajo y un natural estímulo para que la obra lata sea más consultada, ya que es generalmente conocida.

En tal sentir y concepto recomendaré los **Tesoros de Cornelio á Lápide** en el *Boletín Eclesiástico* de mi diócesis, deseando que el Señor derrame sobre ella, haciéndola fructificar, el colmo de sus bendiciones.

En Jaen, á 9 de Noviembre de 1866.

† ANTOLIN, Obispo de Jaen.



## PRÓLOGO DEL AUTOR.

---

**E**NCARGADO de la cura de almas de un pequeño pueblo cuyos habitantes, por dicha mía, son religiosísimos, pude dedicarme durante nueve años consecutivos al estudio de los admirables comentarios de Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura, y luego á la traducción de algunos extractos. Ha encontrado tanta luz mi entendimiento en este piadoso y sabio autor, tanto encanto mi corazón y tanta doctrina auxiliar de la elocuencia sagrada, que no he pasado en mi vida años más felices que los consagrados á esta tarea.

Debieran los comentarios de Cornelio á Lápide figurar en el estante predilecto de la librería de todo sacerdote, y sin embargo, poquísimos son los que los conocen de otra suerte que de oídas. ¡Tan difícil ha sido hasta ahora adquirirlos, y tan crecido su precio, atendidos los modestos recursos del clero parroquial! Ahora espero que el extracto, fruto de mis ocios y de mis vigias, será bien acogido; y sólo siento en el alma que una pluma más hábil no lo haya intentado ántes. Un compendio sustancial de Cornelio á Lápide estaba destinado á prestar grandes servicios.

El plan de mi obra, plan que he meditado mucho, es el siguiente:

I. He tomado lo más selecto de los diez ó quince in-folios de que consta la obra de Cornelio, y he procurado encerrarlo en cuatro grandes volúmenes en 8.º, que contienen la materia de más de diez volúmenes regulares. En mis páginas me he propuesto ante todo ilustrar al espíritu y commover el corazón.

II. He traducido todos los extractos selectos de Cornelio; pero solo

Tom. 1. — 3.



lo he hecho con mucho pesar mio. Por una parte, la lengua latina es la lengua de la Iglesia, y debe ser querida de los sacerdotes; y por otra parte tenia que temer que al imponerme tan larga y difícil tarea, no lograrse reproducir con entera exactitud el texto latino, lleno de tantas bellezas con su gracioso y sencillo carácter. Pero he cedido á dos consideraciones.

La primera es que muchas personas no poseen suficientemente el latin para leer con gusto los extractos no traducidos, y para ellas hubieran sido infructuosos mis trabajos. Sin embargo, habiendo hecho entrar en los cuatro volúmenes cerca de diez mil pasajes de la Sagrada Escritura y más de seis mil de los santos Padres, he dado, en interés de los predicadores sobre todo, el texto de la mayor parte en latin.

La segunda consideracion que me ha obligado á traducir, es que varias comunidades de hombres, las de mujeres y las familias cristianas no conocen la lengua del Lacio, y sin embargo desean ardentemente tener una coleccion de los comentarios de Cornelio á Lápide puestos á su alcance. No titubeo en afirmar que despues de la *práctica de la perfeccion cristiana* de Rodriguez, ningun libro encontrarán del que puedan sacar mayor fruto que del presente. Muchos autores ascéticos instruyen, pero hay muy pocos que sepan conmover el corazon é inspirarle los bríos de la piedad: Cornelio tiene ambos dónes.

III. He tenido que seguir un plan diferente del de Cornelio. Este autor comenta el texto de la Biblia libro por libro, capitulo por capitulo, versículo por versículo. Si yo le hubiese seguido paso á paso, sólo el texto de la Sagrada Escritura hubiera llenado dos abultados volúmenes, y hubiera tenido luego que contentarme, para no safirme de los limites que me habia prescrito, con indicar en pocas palabras el sentido de los pasajes oscuros. Pero, además de que existen trabajos excelentes compuestos en este sentido, nada hubiera dado á conocer mi obra de los tesoros de erudicion que contienen los trabajos de Cornelio. Así es que he preferido agrupar por orden alfabético todas las grandes cuestiones que abraza la Teología, ya dogmática, ya moral, y reunir en cada cuestion lo que se halla diseminado en varios sitios de Cornelio, es decir, los textos de la Sagrada Escritura que la exponen, los pasajes de los santos Padres que la desarrollan, y las reflexiones de nuestro comentador que acaban de ponerla en claro completamente.

A fin de no omitir nada esencial, he dividido en cierto número de partes las materias comprendidas en esta coleccion, indicando estas mismas divisiones al margen de las páginas y luego en los índices unidos á cada volúmen; lo que nada deja que desear tocante á la claridad.

Siendo el fondo de mi trabajo la sagrada Escritura, los Doctores de la Iglesia y las más bellas reflexiones de Cornelio, ha de contener necesariamente grandes riquezas. He hecho cuanto ha estado de mi parte para que la forma correspondiese al fondo.

He creido del caso no dejar de citar los pasajes, muy bellos algunos, en que Cornelio hace alusion ora á ideas de física general poco exactas, ora á hechos de historia natural tenidos por falsos ó desprovistos todavia de una confirmacion oficial. La física general de Cornelio ha sido la de los Padres de la Iglesia, y es aún la del pueblo: bajo estos dos puntos de vista merece ser respetada. La historia natural que acepta, es la de Plinio y Aristóteles, y cada dia la ciencia contemporánea tiene que reconocer que estos dos eminentes observadores están más en lo verdadero de lo que el dia ántes se creia. Por otra parte, ¿hemos de rechazar las lecciones que hallamos en el *Pedagogo* de Clemente de Alejandria, en varios de los poemas de S. Gregorio Nazianceno, en el *Hexaëmeron* de S. Basilio, en el de S. Ambrosio, etc., sólo porque parten de teorías de física contestables, ó de hechos no reconocidos de historia natural? Nadie seguramente podrá atreverse á pretenderlo, y por lo que á mi atañe, sé afirmar que veria con disgusto desaparecer esta parte de la obra de Cornelio, tan interesante en su misma inexactitud.

He tomado algunas citas de Bossuet, de Bourdaloue, etc.; pero con tanta parsimonia, que puedo decir que toda mi obra está sacada de Cornelio. Y como este autor no tuvo tiempo de comentar el libro de Job y los Salmos, me he valido para lo primero de los excelentes comentarios de S. Gregorio el Grande, y para los segundos, de los del cardenal Bellarmino.

He indicado el origen de todos los textos de la Sagrada Escritura y de los extractos de los Doctores de la Iglesia que cito; y si he reproducido más de una vez, muy pocas á la verdad, algunos de estos textos ó extractos, lo he hecho á propósito á fin de no emplear llamadas al tratar de ciertos asuntos, lo que no hubiera podido ménos de ser muy inconveniente en una obra de cuatro volúmenes.



En ménos de tres meses he tenido millares de suscriptores: cardenales, arzobispos y obispos, vicarios generales, canónigos y sacerdotes de todas clases, todas las órdenes religiosas de hombres y mujeres, y un gran número de personas del estado laico. He recibido tambien muchísimas felicitaciones verbales y por escrito sobre el pensamiento que he tenido de publicar lo más selecto de Cornelio à Lápide.

Mis más ardientes deseos son ahora ver que mi trabajo produzca los frutos que parece llamado à producir. ¡Ojalá pueda procurar mi salvacion y la de las almas que se pierden por no saber que la dicha y la dignidad del hombre consisten en conocer à Dios y à su hijo Jesucristo, à quien envió al mundo para rescatarlo y librarlo del yugo del pecado; en gozar de la libertad de los hijos de Dios y de la paz de una buena conciencia; en servir à nuestro Criador y Redentor; en combatir al infierno y estar prontos à la muerte!

BARBIER,

PÁRROCO DE MARCILLOTE (Isère).



## NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE

## CORNELIO À LÁPIDE.

CORNELIO À LÁPIDE, ó sea *Cornelis Van den Steen*, era natural de Bucold, aldea del Estado y diócesi de Lieja. Nació en 1566, fecha memorable en aquellas comarcas. El duque de Alba acababa de tomar las riendas del gobierno de las provincias de Flandes y de Holanda que Guillermo el Taciturno se disponia à sublevar contra el rey de España Felipe II. Bucold, patria de Cornelio, y Louvain, que habitó casi hasta los cincuenta años, están situadas cerca de las tierras bajas y pantanosas en donde la casa de Orange obtuvo la modesta silla de estandor, que fué para ella el primer escalon del trono de Inglaterra. Así pues el flujo y reflujó de las tropas españolas, de los escuadrones alemanes, de los reformados y católicos en pié de guerra, varias veces llegó al dintel de su morada.

Por lo demás, si recordamos estos sucesos, no es que Cornelio desempeñara en ellos un papel activo, sino que influyeron sobre sus pensamientos, sus determinaciones y su vida, y forman el fondo, por decirlo así, en el cual se destaca su puro y pacífico retrato.



Nos faltan detalles sobre la infancia de Cornelio á Lápide; sólo sabemos que desde su adolescencia se entregó á la Compañía de Jesús, que cumplía gloriosamente la misión recibida de Dios y contaba en sus filas lo más escogido de la cristiandad (1).

El joven novicio era muy bajo de estatura (2) y de tan débil complexión, que su estómago llegó á no poder digerir los alimentos que tomaban sus compañeros, alimentos que, por austeridad, jamás quiso modificar. Se sentía vivamente inclinado al retiro y al silencio; y su regla de conducta era la siguiente máxima de la sabiduría antigua: *Oculi tu cæca*. La Orden de que formaba parte le parecía cierto asilo en donde podría vivir en la oscuridad, y era amigo de repetir las palabras de Job: *In nidulo meo moriar*. Otros sin embargo, eran los designios del Altísimo. Es verdad que Cornelio murió en la Compañía de Jesús; pero la mayor parte de su vida distó mucho de ser la del pájaro oculto en su nido en medio del profundo silencio ó de los misteriosos murmullos de las dilatadas selvas. Cornelio era uno de aquellos hombres que Dios escoge en tiempos de tempestad y de lucha para convertirlos en principales atletas del ejército santo. Tenía el corazón puro, el alma llena de caridad y de humildad, y los padecimientos que cada día sufría, fueron sin duda el mejor título ante un Jefe coronado de espinas... Ellos mantenían en su corazón el desinterés de las cosas mundanas, le obligaban á ser resignado y paciente, y le hicieron cada día más merecedor de las inspiraciones del Espíritu Santo. ¿No vemos por otra parte que la incomprendible Providencia se place en elegir á menudo instrumentos débiles para que más resalte que sólo ella es capaz de emplearlos? El Cielo llamaba á Cornelio, el hombre casi enano, el enfermizo, no solamente para que tomara parte en las tareas apostólicas de la Orden religiosa que ocupaba el puesto más arriesgado de la lucha, sino para prestar además servicios especiales á la Iglesia, servicios independientes de la vida monástica: los de escritor y doctor.

Esta vocación se manifestó temprano.

El protestantismo se agarraba al texto de la Sagrada Escritura, lo

(1) Es hoy día generalmente desconocido el entusiasmo con que la juventud católica acudió bajo la enseña de S. Ignacio de Loyola, á fin de hacer frente al protestantismo. La dedicación de las obras póstumas de Cornelio á Lápide nos da de ello una ligera idea. Nació de Anvers, impresor de Cornelio, dice que tenía en la Compañía á un hijo suyo y á seis sobrinos, hijos de sus tres hermanas.—Tal era el contingente de una sola familia.

(2) Uno de los biógrafos de Cornelio á Lápide cuenta sobre el particular la siguiente anécdota:

« Teniendo un día el honoroso encargo de dirigir la palabra al Papa, Cornelio empezó de rodillas su discurso; pero el Padre Santo le invitó á levantarse. A pesar de haber obedecido al momento, su pequeña estatura hizo presumir al soberano Pontífice que continuaba en la misma posición; por lo que le invitó de nuevo á que se levantase. Entonces Cornelio, comprendiendo el motivo de esta nueva orden, exclamó con modestia: *Beatis-sime Pater, ipse fecit nos, et non ipsi nos*. » (Lévy, *Biografía universal*.)

desnaturalizaba y eliminaba libros enteros, arruinando de este modo la tradición católica en su origen. Cornelio á Lápide se sintió lleno de entusiasmo para el estudio del hebreo, de los escoliastas y de los comentadores, de tal modo que á los veinte y ocho años era ya catedrático de lengua hebrea y de Sagrada Escritura en el colegio de Louvain, y diez y nueve años más tarde publicada por obediencia admirables comentarios sobre las epístolas de S. Pablo, ocupando ya su nombre un lugar distinguido entre los exegetas católicos. Al morir, dejó escritos diez enormes volúmenes en folio sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Para apreciar el alcance y el valor de una obra tan considerable, es preciso conocer de qué manera Cornelio ha mirado la Escritura. El mismo nos lo indica en los *prolegómenos* con que ha encabezado sus comentarios sobre el Pentateuco. Permitásenos resumir algunas de sus páginas.

El universo es un libro que expone quién es Dios, ha sido formado con arreglo al tipo de la esfera increada, y se le ha llamado tal vez *espejo de las cosas Divinas*. Sin embargo, en su imperfección, no nos ofrece una idea clara y exacta de la Divinidad, sino únicamente vestigios por medio de los cuales es fácil reconocerla.

Añádase que el libro de la naturaleza no nos enseña las verdades del orden sobrenatural ni lo que conduce al cielo de la santísima Trinidad y á la felicidad eterna, objeto de los deseos del hombre durante su vida y en la hora de la muerte.

Por esta razón la bondad infinita ha creído conveniente darnos otro libro además del universo; un libro en el que el hombre hallará no una muda imagen de la Divinidad, sino caracteres que hablasen á su vista, sonidos que resonasen en su oído, enseñanza que llegase á su alma é hiciese nacer en ella ideas claras y vivientes de las cosas Divinas; un libro por fin en el que aprendiese á conocer á Dios, á conocerse á sí mismo, así como á los espíritus celestiales, la creación, las reglas de conducta que debe observar, y los medios por los cuales ha de llegar á la felicidad.

Este libro es la Sagrada Escritura.

Abraza, sea de un modo expreso, sea en principio, todas las ciencias, todas las reglas, todas las nociones.

Todo enanto existe, pertenece en efecto, ó al orden natural, ó al sobrenatural, que puede también llamarse el orden de la gracia, ó bien al orden divino, que comprende la esencia y los atributos de Dios.

Las ciencias físicas y la filosofía natural nos dan á conocer el primero. Aquí en la tierra la doctrina revelada, esto es, la fe y la teología, y en el cielo la visión de Dios, que es la felicidad de los Angeles y de los Santos, nos dan á conocer el segundo y el tercero.

Nadie puede dudar que la Sagrada Escritura no sólo nos enseña las verdades del orden natural, sino que es necesaria para darnoslas á conocer perfectamente, porque, como dice Santo Tomás,



la filosofía no demuestra las verdades de este orden más que á corto número de personas, á fuerza de tiempo y dejando deslizar muchos errores.

¡Qué luz tan resplandeciente proyectan los santos libros sobre Dios y sus atributos, sobre la inmortalidad del alma, la libertad del hombre, los castigos y las recompensas futuras, y por fin sobre la creación! Al desarrollar todas estas cuestiones, proceden con una certidumbre y una solidez que hemos de negar á las ciencias naturales, y cuando éstas se extravian, aquéllas las llevan á buen camino.

¿En dónde hallaremos nociones tan seguras sobre la creación y el origen del mundo, como las que nos dan el Eclesiastes, Job y el Génesis? ¿No contienen los libros históricos de la Biblia la historia primitiva de todos los pueblos y la única cronología que no sea un tejido de fechas falsas? ¡Qué lógica y qué política la lógica y la política reveladas! ¿Qué tratado de moral puede compararse á las cortas y profundas máximas recogidas en el libro de la Sabiduría, en el de los Proverbios y en el del Eclesiástico? ¿Qué metafísica podrá jamás igualarse con la que desarrollan el libro de Job y los Salmos, que, con una poesía admirable, celebran el poder, la sabiduría y la inmensidad de Dios, los Angeles y todas las obras de sus manos?

Tocante al orden de la gracia y al orden Divino, es un mundo desconocido á la filosofía, al cual sólo la revelacion da entrada.

¿En qué escuela, sino en la Escritura, puede aprender el hombre lo concerniente á la creación y á la caída del hombre; á la vida, la doctrina y la muerte de Jesucristo; al fin del hombre y á las condiciones de la bienaventuranza? ¡Qué doctrina tan maravillosa la que abraza todas estas verdades y se halla reasumida en los Evangelios y en las Epístolas de los Apóstoles!

La ciencia de la Escritura es verdaderamente una enciclopedia Divina: expone cuanto nos interesa conocer, y fuera de las verdades que encierra, los hombres no han pronunciado ni una palabra que merezca ser repetida. Así es que las obras de los Padres de la Iglesia, en los que se halla mil veces más genio, profundidad y encanto que en las más bellas obras del mundo griego y romano, no son más que admirables comentarios de un texto todavía más admirable. S. Atanasio, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín, todos los más sabios Doctores, no tienen ni un pensamiento que no se halle en germen, cuando ménos, en la Escritura. S. Gregorio el Magno iba más lejos: decía que existen en los libros santos tales misterios, que aun no han sido revelados á los hombres y que sólo son conocidos de los Angeles.

De esto se sigue que, casi infinita en su objeto, la ciencia de la sagrada Escritura es difícilísima á causa de su misma profundidad.

Bajo el punto de vista de las dificultades de la interpretación,

hallamos una gran diferencia entre los libros sagrados y los libros profanos, y es que cada frase de estos últimos no suele contener más que un sentido, en tanto que, en los libros sagrados, contiene hasta cuatro: el sentido *literal*, que es el que ofrecen inmediatamente las palabras ó los hechos referidos; el sentido *allegórico*, cuando estas palabras ó estos hechos encubren una profecía concerniente á Jesucristo ó á la Iglesia; el sentido *tropológico*, cuando contienen una enseñanza que tiene relacion con las costumbres morales; el sentido *anagógico*, cuando presentan como un enigma alguna verdad, alguna revelacion sobre la vida celestial.

Notemos al propio tiempo que antes de emprender seriamente el estudio de la Escritura y el de sus grandes intérpretes los Padres de la Iglesia, es menester conocer á fondo los idiotismos del griego y del hebreo, lenguas en las cuales han sido primitivamente escritos los libros sagrados.

Cornelio aceptó valerosamente su mision. Prosiguió la redaccion de sus comentarios en medio de las peligrosas vicisitudes de las guerras de religion que desolaban el Brabante y las posesiones flamencas de los españoles, en medio del ruido de las controversias que hasta entre los católicos surgian, como por ejemplo las doctrinas de Bayo en la universidad de Louvain, y á pesar de las fatigas inherentes al profesorado, y ciertos indeclinables trabajos del ministerio eclesiástico, como la confesion y la predicacion. Dios extendió sobre él su mano protectora, lo sostuvo, le fortificó y le preservó de grandes peligros, y hasta de la muerte.

Hé aquí en qué circunstancias:

Existía en Asprecoline, cerca de Louvain, una milagrosa capilla dedicada á la Virgen, en la que habia ido Cornelio el 8 de Setiembre de 1604 para oír las confesiones de numerosísimos devotos de María, anunciarles la palabra de Dios y celebrar el santo sacrificio. Mas, de repente un destacamento de caballería holandesa se arrojó sobre el venerado santuario con tanto sigilo y rapidez, que todos los católicos fueron sorprendidos. Entónces aquel lugar se convirtió en la carnicería más espantosa, y no contento el enemigo, prendió fuego al sagrado edificio. El primer movimiento de Cornelio fué correr al Tabernáculo, quitar la sagrada Eucaristía y llevársela consigo para que no fuera profanada por los herejes. Durante algunos instantes, Cornelio se halló rodeado de enemigos, y sólo se escapó por un notorio milagro.

leyendo el relato de este suceso, ¿no parece que presenciáramos algunas de las sangrientas escenas de que muchas de nuestras aldeas fueron testigos durante el terror? Como Hércules, el protestantismo en su infancia preludaba las sangrientas ejecuciones que, anciano, debia llevar á cabo bajo un nombre y un disfraz diferentes del de su juventud.

Por lo demás, Hércules y el protestantismo ¿no son en el fondo una aparicion del antiguo enemigo del género humano, ha-



ciéndose adorar bajo la figura del uno y dogmatizando por boca del otro?

Poco despues de haber publicado sus comentarios de las Epístolas de S. Pablo y en el momento de dar á luz los del Pentateuco, Cornelio á Lápide fué llamado á Roma. El P. Aguaviva, General de la Compania de Jesús, le distinguió singularmente prefiriéndole á todos los demás miembros de la Orden para el desempeño de la cátedra de Sagrada Escritura del Colegio romano. Siguió varios años con aquel cargo, rodeado siempre de un brillo que debía alarmar singularmente á un corazon tan humilde como el suyo. A cada manifestacion de aprecio que recibia, inclinaba su frente y balbuceaba: «En conciencia soy seguramente el más necio de los hombres. Cuarenta años hace que estudio los santos libros, treinta años hace que no me ocupo de otra cosa, y sin embargo, sólo he conseguido entenderlos muy imperfectamente.» (1).

Hacia el año de 1620, su delicada salud no le permitió continuar con las rudas faenas que tenia á su cargo. Abandonó el profesorado y tuvo que contentarse con proseguir la redaccion de sus comentarios. Así es que, por medio de una necesidad apremiante, la Providencia le dió aquella calma y aquella especie de soledad tan apetecidas del escritor que ha de hojear muchos volúmenes y tiene que dedicarse á largas pesquisas.

El mismo Cornelio nos ha comunicado el estado de su alma y sus pensamientos durante este último periodo de su vida.

«Huyo del ruido y de la mansion de los poderosos, nos dice: busco el silencio y el retiro que tanto me gusta, sin ser enteramente inútil. Vivo entre los Padres de la Iglesia, y he encontrado en Roma el asilo sagrado de Belen que S. Jerónimo buscó con tanto afán hasta en el fondo de la Palestina. Cuando jóven, cumplí el cargo de Marta: ahora, ya en edad avanzada, cumplo y me gusta cumplir el de María. Pienso en la brevedad de la vida, estoy siempre en la presencia de Dios, y me preparo para la eternidad, en que voy á entrar. Me place la celda, que siempre ha sido mi más fiel amiga; la prefiero á todos los lugares del mundo, y me parece que es el cielo acá en la tierra. Discipulo de las santas musas, aspiro al cielo. Me dedico á recibir las inspiraciones divinas, á meditar y celebrar los oráculos eternos. Sentado á los piés de Cristo, recibo con recogimiento de su boca las palabras de vida para transmitir las luego á los demás hombres.» (2).

Compuestas en Louvain las primeras obras de Cornelio, á saber, los comentarios de las Epístolas de S. Pablo y los del Pentateuco, dedicó unos á Matias Hovius, arzobispo de Malinas, y los otros á F. H. Vanderburch, arzobispo de Cambray y principe del Santo Imperio, ambos estrechamente unidos á él, y particularmente el

(1) Allegambe: *De scriptoribus Societatis Jesu.*

(2) Vense la dedicatoria que precede á los comentarios sobre los Profetas Mayores.

último, por los lazos de un comun afecto y el amor á los mismos estudios. En Roma, Cornelio se encerró, como hemos visto, en un profundo retiro, y se creyó dispensado de dedicar sus obras á los hombres. Los comentarios de los Profetas, cuyo primer tomo vió la luz pública en 1622 (1), y el segundo en 1625 (2), están dedicados á Dios Uno y Trino; los de las Actas de los Apóstoles, las Epístolas canónicas y el Apocalipsis, no tienen dedicatoria (3); los del Eclesiástico (4) están puestos bajo el patrocinio de Jesucristo, y los de los libros de Salomon (5) se hallan ofrecidos á la Virgen, madre de la eterna Sabiduría.

«Recibid, dice en ellos, recibid, ó Virgen santa y bendita, estos comentarios de la sabiduría del más sabio de los hombres. Os pertenecen de derecho. La sabiduría debe volver al que la concede por el mismo conducto que la trajo al mundo.»

Cornelio pensaba muy á menudo en la Bélgica, y sentia no haber podido regar aquel suelo con su sangre: ambicionaba la corona del martirio.

«¡O profetas del Señor! exclama en el prefacio de sus comentarios sobre los cuatro Profetas Mayores. ¡O profetas del Señor, que me hicisteis partícipe de vuestra corona de profeta y de doctor, asociadme igualmente á vuestro martirio para que selle con mi sangre la verdad que me habeis transmitido! Sólo entonces será perfecta y cumplida mi enseñanza. He pasado muchos años en explicar vuestras palabras y en comentarlas; os he hecho hablar y profetizar en otra lengua, y en cierto modo he profetizado con vosotros; alcanzadme pues del Padre de las Luces, que lo es tambien de las misericordias, el salario del profeta, esto es el martirio.»

Cornelio Van den Steen, habríamos de contestarle nosotros, mártir significa testigo; y ¿no recibisteis la gracia de ser testigo de la divinidad y del poder de Jesucristo, haciendo los tres votos de religion, sufriendo la triste prueba de vuestra mala salud, y llevando á cabo con valor y perseverancia vuestros trabajos sobre los sagrados libros? Si no derramaisteis vuestra sangre por el Salvador, vos gastasteis las fuerzas de vuestro cuerpo por la gloria de su nombre, y agotasteis los manantiales de vuestra vida. Por otra parte, el martirio es una manifestacion que tan sólo suele durar algunas horas, algunos dias cuando más; es una manifestacion hecha ante cierto número de personas, y que muchas veces ni siquiera queda registrada en las páginas de la historia; pero la manifestacion hecha por escritores eminentes, dura siglos enteros, tiene lu-

(1) *In quatuor Prophet. Majores comment.*

(2) *In duodecim Prophet. Minores comment.*

(3) 1627.

(4) 1634.

(5) 1634.

(6) *In Prop. Salomonis comment., 1635. — In Ecclesiasten, Cantica, Sapient. comment., 1636.*



gar ante todo el universo y se reproduce cada vez que son leídas sus obras. Creémos: envidiable es el lugar que recibisteis entre los servidores de Dios.

Mas ¡cómo nos hemos de atrever á consolar al alma que no fué llamada á cumplir el único sacrificio que le quedaba que hacer en aras del que tanto amaba!

Cornelio á Lápidé murió en Roma el 42 de Marzo de 1637, á la edad de setenta años cumplidos (1). Dejó manuscritos sus comentarios sobre los Evangelios y la mayor parte de los libros históricos del Antiguo Testamento.

El Colegio romano dedicó los comentarios sobre los Evangelios al príncipe cardenal Francisco Barberini, canciller de la santa Iglesia romana, sobrino del Papa Urbano VIII, y su legado en Francia y en España.

Al principio de este volumen se hallan las siguientes líneas:

« El profesor cuya pérdida lamentamos, ha desarrollado muchísimas máximas relativas á las costumbres; pero podemos afirmar que el puso en práctica cuantas le concernían hasta tal grado, que fuera imposible trazar una historia de su vida tan completa como la reproducción de las reglas de conducta que nos ha dejado en sus comentarios. Cada vez que hallemos el retrato de un personaje amigo de la soledad y de la contemplación, figurémonos tener ante la vista al distinguido Cornelio á Lápidé. »

¿Hubo jamás oración fúnebre más elocuente?

Escritos sin orden y en diferentes épocas, los comentarios de Cornelio comprenden la Biblia toda, excepto el libro de Job y los Salmos, sobre los cuales sólo dejó notas incompletas que no han sido publicadas.

Ya hemos indicado de qué modo miraba la Sagrada Escritura el sabio jesuita, y es fácil formarse una idea exacta de su obra. No se contenta con exponer de un modo claro y preciso los diversos sentidos del sagrado texto, pues á esta parte, que forma la base de todo comentario, añade el resumen de la doctrina de los grandes teólogos sobre todos los puntos importantes del dogma ó de la moral, y citas muy numerosas y variadas de los santos Padres, de los autores ascéticos y hasta de los filósofos y de los poetas paganos, y finalmente rasgos selectos de la historia eclesiástica y profana, y de la vida de los Santos. En una palabra, abraza, puede decirse, la verdadera ciencia, la ciencia de Dios, del hombre y del mundo estudiada con la tea de la revelación, única que arroja sobre los misterios de la tierra una luz satisfactoria.

Creemos que Cornelio á Lápidé es no solamente el mejor y el más

completo de los comentadores que en tan grande número ha producido la escuela católica del siglo xvi, sino tal vez el primero entre todos, á lo ménos en el género que ha adoptado, género muy excelente. Es el único de quien hayamos recibido un curso casi completo de Sagrada Escritura explicada y desarrollada con ayuda de los magníficos trabajos de los santos Padres y de la crítica de toda la tradición. La Providencia debió permitir que pasara treinta años de su carrera de escritor en los más arriesgados puestos de la cristiandad, y la concluyera luego en Roma para que conociera á fondo el carácter de la lucha trabada, y conservára en sus comentarios la pureza de enseñanza de la madre y maestra de las Iglesias. Vino por otra parte bastante tarde para no tropezar con algunos escollos que en su camino encontraron los que le precedieron. Había ya pasado el reinado de Aristóteles, y se tocaban los resultados del descubrimiento de la imprenta. La pléyada de sabios críticos del fin del siglo xvi y del principio del xvii acababa de publicar buenas ediciones de la mayor parte de los Padres, y sobre todo de S. Agustín; así es, que los materiales de que Cornelio podía disponer eran bastante puros, y exceptuando la mayor ó menor exactitud en atribuir á ciertos Doctores de la Iglesia sentencias pertenecientes probablemente á otros, y exceptuadas también teorías científicas hoy desechadas, y alusiones á hechos de historia natural tenidos por fábulas, no puede echársele en cara más que la repetición de algunos conceptos ya expresados, el defecto de no centrarse á un orden riguroso, y el de haber dejado notar una gran desigualdad de valor en las diferentes partes de su obra.

Si no temamos pasar por panegiristas, nos permitiremos observar que Cornelio á Lápidé no pudo dar su última mano al monumento que nos legó, y que por otra parte las imperfecciones indicadas eran casi inevitables.

La Sagrada Escritura expresa á menudo una misma verdad en términos casi idénticos; ¿cómo es pues posible que los comentadores no repitan algo de su contexto?

En segundo lugar, el defecto de orden en Cornelio no es tan grande que produzca incoherencia y confusión: es más bien un auxiliar que evita una uniformidad monótona que cansaría al lector, y quitaría á las palabras del profesor algo de aquella libertad tan preciosa en obras abultadas, cuando no llega á extralimitarse.

En tercer lugar, todo comentador que no se detiene á dar el sentido del texto, saca de los Padres y autores eclesiásticos la mayor parte del desarrollo que añade. Estos empero, no han explicado todos los versículos, ni tampoco todos los libros de la Sagrada Escritura. Se limitaron á los más importantes bajo el punto de vista de la doctrina, del uso frecuente que de ellos hacia la liturgia, y de las necesidades de los pueblos que tenían que instruir. Así es que los libros históricos, exceptuados el Génesis, los Evangelios y las Actas de los Apóstoles, no tuvieron comentadores. Aunque cita-

(1) Lejos de haberse extinguido la familia Van den Steen, es hoy numerosísima. Un miembro de esta familia, el conde Van den Steen de Jehai, ministro plenipotenciario de Bélgica cerca de la Santa Sede, murió, hace pocos años, en Roma. Su cuerpo descansa en la real iglesia de San Julian de los Belgas.



dos con frecuencia, los libros morales del Antiguo Testamento no han sido reunidos en un tratado completo; y por fin, hasta los que más examinados han sido, lo fueron por autores de distinto alcance y con notable desigualdad en su extensión. Citando los principales, San Jerónimo, S. Agustín, S. Cirilo de Alejandría, han dejado preciosos trabajos sobre los profetas; S. Basilio, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, y sobre todo el ilustre obispo de Hipona, han esparcido vivos resplandores sobre los misterios del Génesis; los dos últimos y Sto. Tomás de Aquino han hecho largos y admirables estudios sobre S. Mateo, S. Juan, las Actas de los Apóstoles, ó las Epístolas de S. Pablo. Muy conocida es la magnífica paráfrasis de Job por S. Gregorio. S. Gregorio de Niza y S. Bernardo han explicado el Cantar de los cantares. La mayor parte de los Padres de la Iglesia, y entre otros S. Basilio, S. Ambrosio y S. Agustín, han escrito páginas incomparables sobre los Salmos. Resulta pues de lo expuesto que por más grande que sea la ciencia, el talento y el gusto del exegeta, los comentarios largos de los libros de la Sagrada Escritura que hemos indicado, han de ser naturalmente superiores á los de aquellos que no ocuparon bastante á los príncipes de la ciencia cristiana.

Cornelio á Lápide tuvo que sujetarse á la ley general: es cuanto puede decirse. Sin embargo, su vasta erudición le puso en estado de luchar contra ella, y no sucumbió más que en parte. Así es que sus comentarios sobre los libros morales del Antiguo Testamento, y especialmente los que acompañan al libro del Eclesiástico, nada dejan que desear. Tomados en su conjunto, del Pentateuco al Apocalipsis, tienen la mayor riqueza de erudición sagrada que conocamos (1).

Por otra parte, cabal justicia le ha hecho la cristiandad: pocas obras completas existen de Padres de la Iglesia que se hayan reimpresso tan á menudo como las del sabio profesor del Colegio romano. De los comentarios sobre las Epístolas de S. Pablo que pasan, es verdad, por ser los mejores que han salido de su pluma, se han hecho cinco ediciones, tan sólo en Anvers, en el espacio de veinte y un años.

Sólo la Francia, entre todas las provincias de la Iglesia, se manifestó severa, ó mejor dicho, injusta hácia Cornelio á Lápide, á fines del siglo XVII y durante el XVIII. Sucesivamente, fué mal tratado más ó ménos por Moreri, Richard Simon, Dom Chardon, Elies Du-

(1) Aquí referiremos una anecdota de cuya verdad salimos garantidos: «El abad de un monasterio francés felicitaba cierto día al general de una Orden, expresándole la sorpresa y la admiración que le inspiraba el vasto saber de que habia dado tantas pruebas, ya en sus discursos, ya en sus escritos. «¿Muchos años habreis pasado estudiando los Padres de la Iglesia?» le dijo. — «Mucho os engañosis, le contestó el modesto y elocuente religioso; no conozco más Padres de la Iglesia que los que he encontrado en Cornelio á Lápide, y mi vasta ciencia se limita á poseer perfectamente las obras de este gran comentarista de la Escritura.»

pin, etc. Pero esto á nadie ha de causar hoy admiración. La Francia que tan enérgica y gloriosamente ha combatido los errores de la reforma, sufrió en parte, en todo lo concerniente á la vida del alma, la influencia del espíritu protestante. En vez de un racionalismo dogmático, ha visto nacer y extenderse una especie de racionalismo moral: la mayor parte de nuestros padres han comprendido mal las relaciones del hombre con Dios y la acción de Dios sobre el hombre. Un viento glacial pasó sobre su corazón y marchitó demasiado aquella maravillosa flor, llena de atractivos y de perfumes, que se llama piedad católica. El cielo apareció de bronce; lo sobrenatural debió desaparecer, ó poco ménos, de la vida de los hombres y de la historia moderna; lo que se llamaba exceso de confianza en Dios, fué severamente vituperado, y el culto de la bendita Virgen reducido á estrechos límites. ¿Cómo era posible que halláran favor los comentarios de Cornelio, impregnados de la piedad y del espíritu de otras edades? Dom Chardon, autor no sospechoso de herejía, los trata audazmente de *compilaciones informes, llenas de cuentos, de leyendas y bagatelas*.

En nuestros tiempos, la *Biografía universal* de Michaud ha sido más justa. Califica á Cornelio á Lápide de *orador elocuente, tan profundo en filosofía y teología como versado en historia*.

¡Qué contraste entre este juicio y el que le precede!

Nos hubiéramos abstenido de poner en relieve las vicisitudes que ha experimentado entre nosotros la obra de Cornelio á Lápide, si nuestro siglo no fuese, segun la expresión de un joven y sabio eclesiástico (1), el siglo de las reparaciones, y si Cornelio no tuviese derecho á que señalásemos aquí la que le es debida, á lo ménos en Francia.

Las principales ediciones de la obra completa del jesuita de Bucold, una de las glorias de la Compañía de Jesús, tan fecunda en sabios escritores, son las de Anvers, de diez volúmenes en folio (1618-1642), la de Venecia (1711), y la de Lyon (1732), ambas de diez y seis volúmenes en folio.

En estos últimos años, la casa Pelagaud de Lyon ha publicado también una edición de Cornelio á Lápide que consta de veinte tomos en cuarto.

(1) El presbítero Darbois, prólogo de la traducción de las *Obras de S. Dionisio el Areopagita*.